

Juan Patricio Lombera
El asalto y la venganza



Ediciones
Irreverentes

Juan Patricio Lombera

EL ASALTO
Y LA VENGANZA

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Juan Patricio Lombera
De la edición © Ediciones Irreverentes
Fotografía de cubierta © J.Sommer
Marzo de 2013
[http:// www.edicionesirreverentes.com](http://www.edicionesirreverentes.com)
ISBN: 978-84-15353-49-2
Depósito legal: M-6153-2013
Diseño de la colección: Absurda Fabula
Imprime: Publidisa
Impreso en España.

PRÓLOGO

Juan Patricio Lombera pertenece a ese grupo de escritores comprometidos que han hecho de la literatura una forma de vida. Sus críticas literarias nos muestran a una persona apasionada por las letras y la política. Sus comentarios, salpicados de sentido del humor, son profundos, certeros. Estos rasgos están presentes en su obra de ficción. A primera vista, los cuentos que conforman *El asalto y la venganza* parecen muy distintos entre sí pero una lectura cuidadosa nos hace descubrir similitudes interesantes. Los personajes de Lombera se mueven entre España y México, cada uno en un entorno propio y con problemáticas personales. Sin embargo, un hilo conductor sinuoso nos permite reconocer ciertos rasgos, independientemente del lugar en donde se desarrolle la trama y de las vicisitudes de los personajes. El destino, la muerte, el erotismo y el hastío del hombre de nuestra época son temas recurrentes; lo fascinante de *El asalto y la venganza* es que cada relato los aborda de manera única. Así, la muerte puede tomar la forma de una mujer seductora, como en el caso de *La muerte sólo coge tres veces* o, como en *El último refugio*, convertirse en la posibilidad de huir del hastío para cobijarse en un mundo alterno. Suele ser liberadora y, cuando no lo es, está dispuesta a hacer tratos con los mortales.

En la obra de Lombera, el erotismo no es la contraparte de la muerte, sino el complemento, y en ocasiones el sueño y la vigilia se confunden. «Vivir y dejar vivir son soluciones imaginarias. La vida está en otra parte», diría André Breton. Sin embargo, Lombera también escribe historias ancladas en la tierra, de guerrilla y sangre. *Todosantos* transcurre en la Centroamérica de los años ochenta pero nos muestra situaciones que parecieran atemporales. En este cuento,

que podría estar cargado de opiniones políticas, el narrador toma distancia y deja fluir la anécdota, los protagonistas adquieren vida propia. Huele a pólvora y pueblos ocultos por áridas montañas. Pero ya sea en la provincia mexicana o en Madrid, los personajes que encontramos en esta obra son capaces de darle la vuelta al destino. *Viaje por el mar amargo* y *El superviviente* son prueba de ello: su común denominador son hombres o mujeres que luchan contra la adversidad con una buena dosis de ingenio y encuentran salidas inesperadas. Los dos últimos cuentos, *La venganza de Wyatt Earp* y *Reflexiones en horas de trabajo* son lúdicos y nos muestran la habilidad de Lombera para incursionar por varios géneros sin perder el estilo propio que lo caracteriza.

Finalmente, quisiera resaltar lo acertado de los títulos de cada cuento. *El asalto y la venganza* resume lo que hay detrás de sus páginas. En ellas encontramos asaltos reales, pistola en mano, sí, pero también asaltos al modo en que se viven y resuelven las vidas. En cuanto a la venganza, no queda más que leer este último libro de Juan Patricio Lombera para descubrir que tiene más facetas de las que hubiéramos imaginado.

SUSANA CORCUERA

EL ASALTO, LA HUMILLACIÓN Y LA VENGANZA

—Arriba las manos. Esto es un asalto —dije al entrar a la sucursal del banco Este-Oeste.

Eché un par de disparos al aire para que la gente viera que iba en serio. No había de qué preocuparse, el vigilante ya se había retirado como solía hacerlo los sábados al mediodía para poder llegar a la capital del estado y pasar un día y medio con su familia. Tan sólo me preocupaba el cajero al que se veía alto y fornido. Sin embargo, tan pronto me acerqué a él con la escupidora, se puso blanco y empezó a depositar lo que tenía en la caja.

—Deja ya la morralla y llévame a la caja fuerte.

—Yo, yo... no tengo la llave.

—No te pases de verga conmigo.

Acto seguido le propiné un golpe con la cacha de la pistola, lo suficientemente fuerte para intimidarlo, pero no tan duro como para desmayarlo.

—La próxima vez no habrá advertencia. La próxima vez te meto un tiro.

—Es verdad, yo sólo soy un cajero. La gerente es la que maneja la clave de la caja fuerte.

—¿Y ella dónde está?

—Aquí —dijo una voz desde el otro lado de la oficina. Si gusta acompañarme le abriré la caja fuerte.

Era la primera vez que la veía. Era una muchacha morena, charrita con el pelo negro en rizos y una falda de raja que permitía vislumbrar un par de apetitosas piernas. Pero, lo que más destacaba de ella a través de la ligera camisa que llevaba, era una poderosa

delantera. Por un momento la contemplé, pero inmediatamente me acordé del lugar donde estaba y lo que estaba haciendo, por lo que respondí con la mayor gravedad posible.

—Pues vamos ahí, adelante.

Pensé en cogerla del brazo y arrastrarla, pero deseché la idea, ya que permitiéndole ir por delante podría por lo menos ver sus piernas bien contorneadas. No esperaba sacar mucho de este golpe. A lo sumo cien mil, lo suficiente para cruzar la frontera, reunirme con mi compadre y arrancar su negocio compartiendo a michas las ganancias, amén de aguantar los primeros meses en que no esperábamos tener beneficios. En esas estaba, cuando sentí un golpe en el abdomen que me quitó el aire y me hizo inclinarme hacia delante llevándome las manos hacía la zona golpeada. No acababa de recuperarme cuando una nueva patada hizo volar por los aires mi pistola y poco después recibí un puñetazo en la cara que me tiró de espaldas contra la pared. En ese momento se doblaron mis piernas y quedé apoyado, pero sin ninguna capacidad de defensa. Fue entonces que me di cuenta de que todos los golpes venían de la misma persona: era ella quien me estaba dando la paliza. Se acercó a mí una vez más, me cogió de la camisa y, sin quitarme el pasamontañas que traía puesto, me tumbo hacia adelante como si fuera un saco de patatas. No conforme, se sentó en mis piernas y empezó a atarme las manos y las piernas con el cable de teléfono. Finalmente, me volvió a asir por el cuello de la camisa y me llevó a rastras hasta la caja fuerte que ya había abierto antes de empezar la trifulca.

—No querías entrar. Pues ahora aquí te quedas, estúpido.

Cogió su móvil y marcó un número de teléfono.

—Buenos días, me llamo Susana Piedra Prieta y llamaba para reportar un intento de robo ocurrido en el Banco Este Oeste de las calles de Madero y Juárez en el poblado de Cumburindio— dijo con

un tono de voz sosegado—. Hemos logrado reducirlo. Por favor cuando oigan este mensaje manden una patrulla para recoger a este individuo. Muchas gracias.

Antes de salir de la caja fuerte, cogió un espejito, se arregló el peinado, estiró un poco su camisa y se despidió.

—Ahí te quedas, pendejo. Nos vemos al rato.

Se volteó, cogió la pistola con un guante, la guardó en su bolso y se dirigió a sus empleados.

—Bueno, ya está se acabó el espectáculo. Todos a trabajar y de esto no digan nada porque afectaría la reputación de nuestro establecimiento. En un rato vendrá la patrulla rural y se llevará a este maleante. Antes de que se cerrase la bóveda y quedase totalmente a oscuras, alcancé a oír un «¡viva la jefa!» por parte de los empleados. Ahora me voy a ir un momento a mi casa a cambiarme y vuelvo.

Ahí, totalmente aislado empezó a calcular, como forma de evasión, el tiempo que tardaría en llegar la policía. Eran un desastre y seguro que ya estaban en el bar tomándose la botana antes de ir a comer y por eso no habían oído la llamada. Seguramente no la oirían hasta volver de la siesta con lo que, calculando que tenían casi una hora de camino, pensó que no estarían ahí antes de las 6 de la tarde. Conociendo la rutina de la policía, tras haberlos espiado unas cuantas semanas antes del asalto, había elegido ese horario que le permitiría escapar con facilidad y cuando empezaran la búsqueda ya estaría fuera del estado. Contando con la insufrible burocracia interestatal, estaba convencido de que antes de que se extendiese la búsqueda a nivel nacional ya habría abordado el avión con rumbo hacia los States. Ahí, en el bolsillo que en ese momento no podía alcanzar por estar atado, se encontraba el pasaporte nuevito en el que figuraba el visado americano. Ese había sido otro problema. El compadre le había mandado 10.000 dólares para que los ingresara en la cuenta y que los

funcionarios de la embajada, al ver el saldo de la misma, pensarán que, sin ser rico, tenía ciertos recursos. Igualmente tuvo que mostrar su última nómina que había sido la del despido debido a las malas condiciones en que se encontraba la empresa. Además, su madre puso a su nombre el terrenito en el que se encontraba la choza de bloques de hormigón y chapa en el que vivían, pero eso no se estipulaba en las escrituras. Así, con un traje que había pertenecido a su padre y dotado de los documentos se presentó en la embajada gringa. El día anterior ya había pagado la cuota por la visa en el banco nacional, mismo importe que no le aseguraba que se la fueran a dar, pero que se le devolvería en caso de rechazo. Eran las 5 de la mañana cuando llegó a la embajada de la capital y ya había mucha gente. Para ahorrar, se había ido en el autobús de medianoche. Así podría hacer el trámite y volver en la tarde sin tener que pagar alojamiento. En un momento, le pidió a la señora de adelante que le echara un ojo a su lugar para poder ir a comprar un atole y unos tamales.

—¡Ay joven!, ya si me trae un cafecito se lo agradecería mucho —dijo por respuesta la vieja.

Tras tomar su desayuno, le llevó a la señora su cafecito e insistió en que no se lo reembolsara.

—Dios se lo pague, joven.

En ese momento se abrieron las puertas de la embajada y, poco a poco, fueron entrando cual ganado al matadero los aspirantes. El proceso era lento porque había que pasar por un detector y una vez superada esta prueba, un muchacho alto revisaba la documentación de los interesados para que, en caso de faltarles algún documento, se fueran a por él y no estuvieran perdiendo el tiempo. Una vez dentro los sentaron en unos tabloncillos corridos y les pasaron unos formularios estúpidos en los que se incluían las típicas preguntas de si pretendían matar al presidente norteamericano u otras pendejadas. Tras

rellenarlas y entregarlas no hubo otra cosa que hacer ahí más que esperar y esperar y esperar. Por fortuna, entre tablón y tablón había una columna de cemento y a él le había tocado justo al lado de una. Ni tardo ni perezoso, hizo una bola con su chamarra y empezó a dormir. No era una posición muy cómoda, pero peor era nada. Finalmente, después de dos horas en el banco sintió como su vecino lo removía para despertarlo y le decía:

—Ya le toca amigo. Suerte.

Pasó a una oficina en la que había varias ventanillas de modo que se podía atender a varios solicitantes a la vez. Antes de pasar vio cómo una mujer humilde era rechazada. A la pregunta de cuánto dinero tenía por patrimonio, había respondido «Pus nomás, lo que aquí traigo».

También le tocó oír a otro que se alebrestó cuando le negaron su visado:

—Usted cree que porque no me da su pinche papelito va a impedir que vaya a su país. Será más difícil, pero no sólo voy a ir sino que le mandaré una postal desde allá.

Por fin le tocó pasar. Después de revisar sus papeles, entre los que se incluía el billete de avión ida y vuelta que tanto le había dolido comprar, el funcionario se dirigió a él.

—Muy bien señor Ruiz, tiene los papeles en orden. ¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Voy al bautizo del hijo de mi compadre.

En efecto se había incluido un acta de nacimiento que correspondía al niño de un compadre del compadre que, casualmente se llamaba igual.

—Muy bien —dijo el funcionario— y piensa hacer algo más.

—Pensamos aprovechar el viaje para visitar el Gran Cañón. No hay tiempo para más. El lunes tengo que estar de vuelta en el trabajo.

—Perfecto tan sólo déjeme recomendarle que vaya muy bien abrigado porque en Phoenix hace mucho frío.

Se dio cuenta de que esa era la pregunta trampa del funcionario de la que su compadre le había advertido. Siempre decían algo impreciso correspondiente al lugar o motivo de la visita para ver la reacción del interesado.

—Querrá decir calor. Al menos eso me ha dicho mi compadre.

—Así es —dijo el funcionario esbozando una sonrisa—. Muchas gracias señor Ruiz. Pase otra vez al patio. Ahí le devolveremos su pasaporte.

A su vuelta, ya había mucho espacio en los tabloneros debido a los solicitantes que ya habían sido despachados. Lo malo es que, si bien ya podía recostarse cuan largo era, no podía dormirse porque el sol estaba muy alto y picándole en plena cara. De vez en cuando iba a la máquina a comprar un refresco. Finalmente, oyó su nombre desde el mostrador que se encontraba al lado de la puerta de salida. Se acercó, identificó y le dieron su pasaporte sellado. Sólo era para una entrada y tenía 6 meses para efectuarla, pero era suficiente para él. A las 5 de la tarde tomó su autobús as del volante y sobre las 10 ya se encontraba con su madre. Sin embargo, su alegría se fue un poco al traste al saber que el dueño de la fábrica donde trabajaba había desaparecido con todo el capital de la misma, evaporándose así el dinero de su indemnización con el que él pensaba dar el salto a los Estados Unidos. Durante un tiempo esperó a ver si reaparecía o aprendían al dueño, pero cuando perdió la esperanza decidió dar el golpe antes de que caducara el periodo de entrada de la visa.

Había estado jeteando un rato con la cabeza apoyada en una bolsa de dinero cuando sintió que se abría la bóveda, lo cual le pareció muy sospechoso porque, según el reloj luminoso de la pared, apenas eran las 3. Quizá, pensó, mandaron un propio a la capital del

Estado y ya llegó la policía o quizá traen la comida. Cuando se abrió la puerta tan sólo percibió la silueta de la muchacha con la pistola en la mano acercándose a él.

—Tan sólo me faltaba esto, que este pendejo muerto de hambre viniera a asaltar mi banco. Con lo que me ha costado que me dieran la gerencia de una sucursal, aunque sea en este pinche pueblo de muertos de hambre, para que se divulgara la noticia y que los directivos dijeran que cómo no iban a intentar asaltar este banco siendo quien lo dirige una mujer. De por si es sabido que el dueño sólo quiere hombres divorciados en su consejo de administración ya que de esta forma, éstos, al no tener nada que hacer, se dedican solamente a trabajar. En cambio una mujer siempre se puede quedar embarazada y, mal que le pese, eso le obligaría a darle a la trabajadora unas semanas de baja y pa' que queremos. Por otra parte, es cierto que hoy he dado una buena muestra de lealtad al sonarme al pendejo ese que tengo en la caja fuerte, pero eso también me alejaría del puesto deseado, ya que al presidente no le gustan las mujeres que se salen de sus ridículos criterios del jurásico. Para él, una mujer debe ser sumisa, servicial y no muy lista. Y por supuesto si encima es guapa, mejor que mejor aunque en ese punto hay que reconocer que le interesa más el rendimiento que la estética. No se puede decir que sea un viejo verde. No. De hecho nadie le conoce aventura alguna y a la única mujer que suele visitar es a su hija para comer con ella los fines de semana. Por supuesto, si él supiera que soy cinturón negro de taekwondo y que le partí la cara al güey ese, mis opciones de ascender menguarían. Sólo hay una forma y es conseguir que esta oficina aumente sus ingresos drásticamente. Sin nada de alharacas, sino poco a poco sin prisas, pero sin pausas. Además, si mis padres se enteran de lo ocurrido van a seguir dándome la lata con eso de «qué haces en ese pueblo perdido»,

«mejor vente para acá», «no es seguro». Lo único que quieren es que vuelva a casa para ver si me consiguen novio. Y pa' colmo hay que ver el mal gusto que tienen. Todos los pretendientes que me han presentado son unos niños fresas que no saben lo que es trabajar y simplemente no conciben que yo lo haga, siendo que no me faltaría de nada si me casara con ellos. Pasando a otras cosas, me vino bien lo de hoy de todas formas. Desde que llegué aquí, cada vez que quiero practicar o hacer ejercicio, tengo que irme a un gimnasio de la capital del estado y aun así no faltan los güeyes que se hacen masturbaciones mentales al verme con ropa ajustada. Claro que lo de hoy no es igual que cuando peleas en el tatami. Ahí sabes que por muy recio que te peguen no pasa de ahí la cosa. Hoy se le podía haber disparado la pistola y dejarme tiesa, pero había que jugársela. Además, aunque todavía no le he visto toda la cara, en sus ojos se veía que no tenía ni idea de cómo se hacen estas cosas y, por si fuera poco, se me queda viendo como si quisiera ligar. Me latía que este pichón se iba a cocinar solito y así ha sido. Hay que ver lo que he tenido que lidiar con esta banda de nacos provincianos. Les molesta que sea una mujer la que mande. Claro no son tan pendejos como para decírtelo de frente, pero siempre se hacen del rogar cuando les das un orden y te hacen sentir su rechazo. Saben que estoy sola en este pinche pueblo bicicletero y ningún día han tenido la amabilidad de invitarme a comer con ellos, digo, por aquello de romper el hielo. Y qué decir de mi pinche secretaria que no sólo me hace mal los recados sino que es mi principal delatora. Se queda escuchando mis llamadas y remueve entre mis papeles. Paradójicamente, ella es la que más me odia. Le molesta ver a alguien de su propio sexo que está triunfando, porque así se le acaban las excusas y debe aceptar su bajo puesto por su propia mediocridad; no que de la otra forma siempre puede alegar que es esta pinche sociedad machista la que no le permite prosperar. En todo

caso, a esa huevona me la voy a torcer nomás me acabe de acostumbrar a este sitio. Tiene los días contados por los chismes que ha hecho llegar a la capital sobre el descontento que produce mi gestión. La muy pendeja, no sabe que tengo amigos en la capital del Estado que me cuentan sus maledicencias. Debo cuidar mi lenguaje. Me estoy haciendo muy mal hablada desde que vivo en este pinche pueblo bicicletero. Es cierto que este país es de lo más retrogrado que hay, pero como diría César Chávez: «Sí se puede». Y si no ahí está la esposa del presidente que bajo la sombra de éste es la que verdaderamente gobierna. El mandilón de su esposo tan sólo está ahí para poner la cara y recibir los insultos. Pero claro, de esa forma él se lleva la fama de todo lo bueno que haga su gobierno y yo no quiero eso. De ser así ya me habría buscado ligar al presidente de este banco o de cualquier otro. No quiero el poder en la sombra, sino ser el poder mismo y acarrear con todas las consecuencias tanto para lo bueno como para lo malo. Claro que siempre hay que sacrificar algo. Tengo amigas que simple y llanamente no están viendo crecer a sus hijos. Aunado a lo que hice hoy, ya estuvo que me voy a ganar la fama de lesbiana, pero viéndolo bien quizá me convenga que esta gente tenga esa opinión de mí. Así evitaré que los burros del pueblo se me acerquen. Lo bueno de hoy es que ahora no sólo me respetarán por el poder que tengo, sino que me temerán y así podré conseguir cambiar a estos vagos, obligarlos a buscar las oportunidades fuera de la oficina y hacer algo respetable de este antro que no sirve ni para caerse muerto. Se han acostumbrado a la buena vida con horarios bien definidos, fines de semana y algunos días de vacaciones al año. Hay que ver la cara que se le puso a Estebán cuando le mostraron la pistola. Casi se hace en sus propios pantalones del miedo que tenía el muy cobarde. Respecto a lo de la detención ya veré cómo le hago para que no trascienda. Debería entregar al burro ese, pero seguro que la

policía saca la noticia y, a poco que hable el huevón ya la chingamos. Supongo que no se atrevería a decir que fui yo el que lo redujo, por vergüenza, pero ya se encargarían de ello los trabajadores. Como suelen decir en las malas series americanas, ya aprendió la lección. Pero antes de liberarlo se me está ocurriendo una idea. Antes que nada pondré en práctica lo que se me ocurrió hace rato, pero primero tengo que deshacerme de esta gente.

—Muy bien compañeros. Por hoy ya ha sido suficiente, Pueden retirarse a sus casas a pasar el fin de semana. Pero eso sí, recuerden lo que les dije. No quiero que se vuelva a hablar de este desagradable tema. Y si me entero de que alguno se ha ido de la lengua, se las verá conmigo.

—Disculpe que intervenga jefa, pero no cree que la policía ya se encargará por sí sola de divulgarlo.

—Ya me encargaré de darles una buena propina a los oficiales y recordarles a sus superiores que su fondo de pensiones depende de nuestra gestión y, supongo que mantendrán el silencio porque saben lo que les conviene.

—¿No quiere que nos quedemos mientras espera a la policía, jefa?

—No, muchas gracias, voy a quedarme aquí comiendo y viendo la tele mientras espero. Tan sólo les pido que recojan todo, cierren las puertas y bajen las persianas.

—Y, ¿cómo van a entrar los polis?

—Quedaron en llamarme cuando fueran llegando. Yo les abriré. Muchas gracias. Que tengan un buen fin de semana.

¡Ah! Por fin se fueron. Ahora vamos a ver a nuestro preso. Si es un monstruo paso de todo y lo delato.

Susana se acercó con la pistola en la mano hacía su preso. Encendió las luces de la bóveda.

—Vamos a ver quien se esconde tras esta máscara.

A continuación le quitó el pasamontañas.

—Hombre, pues no sé por qué ocultas tu cara. No estás mal.

—¡Ay!, no me pellizques.

—Mira qué tenemos aquí un pasaporte. Ahora si voy a averiguar tu nombre. Pancho Ruiz, y anda tiene una visa gringa. O sea que pensabas ir a los Estados Unidos con mi dinerito.

—Y eso a ti, ¿qué chingados te importa? Ya me jodiste el plan y ahora ya vas a poder presumir de heroína frente a tus jefes pa' que te pongan tu estrellita en la frente. Lo demás vale pa' pura verga.

—*Don't be so sure my friend.* No me interesa que se sepa lo ocurrido hoy, pero acabas de mencionar el tema sobre el que quiero hablar contigo.

—Pues si no te vas a llevar la fama pa' que me detuviste. A ti que te va o qué te viene en ello. Ni que el dinero fuera tuyo.

—Para que te quede claro. No quiero que se oiga hablar de este banco más que por su buen funcionamiento y mucho menos que salga mi nombre en periodicuchos provincianos.

—Pues entonces no deberías de haber llamado a la policía seguro que vendrán en camino con los periodistas, ya sea porque les dieron el chivatazo ya sea porque lo oyeron robando la señal de la tira.

—¿Y quién te dijo que llamé a la policía?

—Pero si lo hiciste frente a mí.

—Nooo, mi rey —dijo riéndose. Aquella llamada la hice a mi propio departamento y dejé el mensaje en el contestador de mi casa.

—Pero, entonces... ¿qué quieres de mí? ¿Vas a matarme?

—Podría hacerlo si quisiera. Podría desatarte las manos y las piernas, tras matarte y decirle a la policía que te había traído algo de comida cuando te me abalanzaste. A fin de cuentas a quien le importa que un delincuente común muera.

—Y, ¿cómo explicarías el hecho de que no llamaste antes a los judas?

—Siempre podría decir que estaba tan nerviosa que no me había dado cuenta de que había marcado a mi propia casa en vez de a la comisaría. Pero tranquilo, no quiero matarte.

—¿Entonces?

—Muy sencillo. Aquí sólo hay de dos sopas. Nos vamos a quedar todo el fin de semana juntitos en esta habitación. Te vas a tomar

estas pastillitas azules que traje hace rato de casa y me vas a dar placer. ¿Qué te parece?

—¿Qué? Ni loco.

—Muy bien pues entonces tomo mi celular y llamo ahorita mismo para que te vengan a recoger. ¿Cómo era? Ah, sí, 1, 1, 2.

—No, espera.

—¿Síiii?

—Ta' bueno. Prefiero esto a la cárcel. Pero quién me dice que no me vas a entambar cuando hayas saciado tu apetito.

—Así me gusta. No te doy ninguna garantía pero eso sí, te lo advierto, si no me dejas satisfecha te jodes. Harás cuanto te diga y cuando yo te lo diga.

—Sí, pero no quiero tomar las pastillas. He oído que te dejan empalado durante horas.

—Como quieras. Es tu decisión, pero ya sabes lo que pasará si no cumples.

Acto seguido ella se acercó a él e introdujo la cabeza de su víctima dentro de la falda. Él, por su parte, estaba como narcotizado, como si fuera un voyeur y no el protagonista, pero consciente de que se jugaba una larga condena en la cárcel, se obligó a sí mismo a ponerse en el papel que le exigían. Empezó mordisqueando las pier-

nas e ingles de Susana. De cuando en cuando masajeaba con su pelo la zona púbica y, poco a poco, fue acercando su lengua a la vagina de ella hasta que, finalmente, empezó a lamerla primero de forma lenta y doblando totalmente su lengua para alcanzar el mayor radio de acción. Luego su movimiento se hizo más veloz y preciso para, finalmente en el momento del orgasmo, volver a doblar la lengua pero ya no moverla. Ella no sólo no advirtió a Pancho que se iba a venir, sino que cuando lo hizo gritó:

—Trágate todo. ¡TODO!

Pese al asco que le provocaba esto, Pancho obedeció y cuando hubo terminado, ella le paso un kleenex para que se limpiase la boca. Una vez que este se limpió, lo empezó a besar en la boca y cuello mientras que él paseaba sus manos por todo el cuerpo de Susana. En un momento dado, ella tumbó a Pancho y empezó a rasgarle la camisa y, posteriormente, le quitó los pantalones, desatándole antes las cuerdas de las piernas y las manos. Se sentó encima de él y empezó a hacerle una masturbación. Cuando su verga ya estuvo erecta empezaron el acto.

—Aguanta. Cuando yo te diga....

Así siguieron con sus ejercicios durante unos diez minutos. En ese tiempo Pancho ya se había relajado y empezó a gozar. Tanto así que no pudo seguir la orden de Susana y acabó viniéndose con ella encima. Nada más sentir el borbollón caliente y viscoso, ella dio un respingo y se alejó de él cuatro pasos mirándolo con horror.

Pronto se recuperó de su susto y volvió a sentarse en el cuerpo de Pancho, más concretamente en sus brazos para inmovilizarlos, y soltarle una andanada de bofetadas. Él tan sólo movía la cabeza como toda defensa.

—No te muevas. Tuviste muchos huevos para introducir tu semen de mierda en mi cuerpo. Ahora aguántate.

Cuando se hartó de abofetearlo, Susana se quitó sus zapatos y se dispuso a introducir la punta del pie en la boca de Pancho, pero él mantuvo sus labios cerrados y volteó la cara.

—Así que no quieres. Bueno, pues pasaremos al plan B.

Empezó a jalarle de los pelos y una vez que él la miró de frente, sentó su culo en su cara y así lo mantuvo hasta que él empezó a retorcerse como una serpiente y ponerse morado por la falta de aire.

—Mírate, eres un patético payaso. Te sentías muy machín esta mañana cuando le pegabas al putito de Esteban. Si hubieras tenido huevos de verdad le habrías pegado un tiro en el brazo al pendejo ese o al menos le habrías partido la madre. Pero no, tan sólo echaste dos tiros al aire como si estuvieses celebrando algo. Y ahora qué aquí estás, a los pies de una vieja mendigando que no te entregue como una putita arrepentida.

En ese momento, Pancho empezó a llorar lo que le valió un par de cachetadas más.

—Lo que me faltaba. No llores. No sé qué hago contigo. Debería entregarte o acabar con tu miserable vida con tu propia pistola. Qué tonta fui al pensar que podría divertirme contigo. Ya sé lo que voy a hacer. Desearás no haber tenido la idea de robar este banco.

—Yo no quería robarlo. Lo hice porque no me pagaron lo que se me debía —dijo temblando. Sólo quería cien mil pesos para irme a los Estados Unidos.

—Eso da igual, ahora. Voltéate. Te voy a introducir este juguete que me traje de casa por el culo. Dijo mostrándole un vibrador que sacó de su bolsillo.

—¡Nooooooooo!

—¿Cómo de que no? Ahora verás. Como ustedes mismos dicen: «Cuando la violación es inminente relájate y goza.»

Pancho se puso a cuatro patas y se acercó a una silla baja.

—¿Adónde vas? Quieres emplear ese mueble para pegarme.
¿Quieres que te pegue un tiro pendejo?

Al llegar al sillín recostó todo su cuerpo en el respaldo dejando su cabeza y brazos colgando por una parte y sus piernas dobladas tocando el suelo. Ahí estaba en posición para ser empitonado.

—Hazlo rápido —dijo al tiempo que cerraba los ojos.

Sintió cómo se aproximaban los pasos de Susana e instintivamente apretaba los puños. Su cuerpo se estremeció al sentir la mano fría de ella recorriéndolo.

—Te dije que rápido, por favor.

—De acuerdo.

Fue entonces cuando, contrariamente a lo que él esperaba empezó a sentir los labios carnosos de ella recorriendo todo su cuerpo y finalmente colocó su cabeza entre sus piernas para realizarle una prolongada y placentera felación. Él le avisó antes de venirse para que pudiera retirarse a tiempo.

—Ves que cuando te portas bien, yo también puedo ser generosa.

Acto seguido se vistieron y fueron al departamento de ella. Antes de salir, Susana lo hizo esperar un rato dentro de la bóveda.

Él, contento ante la idea de dejar su celda se fue caminando reposándose en el hombro de ella. No tuvieron que andar mucho, ya que el apartamento estaba a la vuelta de la esquina. Era, más bien una modesta morada, con un comedor, cocina, baño y una habitación que por todo lujo tenía un sofá una estantería llena de libros, un armario grande, la cama y una televisión con dvd. Ese fin de semana probaron todo tipo de posturas así como todos los juguetitos de ella hasta que amanecieron cuerpo con cuerpo, pegados, el lunes por la mañana. En ningún momento buscó Pancho escapar. No quería. Pero el lunes trajo consigo la resaca a ese glorioso fin de semana.

—Se acabó lo que se daba. Desayunas y te vas. Aquí tienes esta lana para tu viaje a gringolandia.

—No quiero tu dinero.

—Lo siento. Nos hemos divertido mucho, pero eres un estorbo en mi carrera. Vete y no vuelvas aquí nunca más.

—Y, ¿el dinero?

—Lo tomé de la caja de Esteban antes de salir. En los próximos días me encargaré de que aparezca la misma cantidad en el escritorio de mi empleada para tener un pretexto para echarla a la calle. Lo pondré de mi propio bolsillo. Por lo menos me habrás sido útil.

—¿Sólo eso?

Lo miró a la cara severamente en un principio, pero luego esbozó una sonrisa.

—No. Has sido mucho más, has sido algo perfecto para un fin de semana. Pero el mundo real no prolonga la perfección.

Pancho se quedó viendo a esta Susana fría e institucionalizada con la que horas atrás pasará los mejores momentos de su vida. Se embolsó la lana y emprendió la retirada.

—Hasta luego, ama.

No recibió ninguna respuesta.